

C A P Í T U L O

*Uno*



*Empieza por el principio, termina por el final.  
Es el mejor consejo que podría darle a un amigo.*

☒ LETRA DE CANCIÓN DEL DIARIO DE MARK SMART ☒

Cuando era niño, mi madre me contó que todas las personas que aparecen en nuestra vida lo hacen por un motivo. No estoy seguro de creérmelo. La idea de Dios entretejiendo millones de vidas para formar un gran tapiz humano me resulta un tanto fatalista. Aun así, cuando contemplo mi vida en retrospectiva, tengo la sensación de que en algunas ocasiones se hace evidente semejante divinidad. Ninguna me resulta más obvia que aquella noche de invierno en la que conocí a una hermosa joven llamada Macy y que fue seguida de la extraordinaria cadena de acontecimientos a la que dio lugar ese encuentro.

Claro que esa teoría llevada al extremo significaría que aquella noche Dios sabotó mi coche porque, si la correa de distribución de mi automóvil no se hubiera roto en aquel preciso momento, esta historia no hubiese ocurrido. Pero ocurrió, y mi vida cambió para siempre. Quizá mi madre tuviera razón. Si Dios puede alinear los planetas, tal vez pueda hacer lo mismo con nuestras vidas.



Mi historia empezó en una época en la que estaba peligrosamente cerca de terminar con todo: una noche invernal del mes de no-

viembre, once días después de que mi madre muriera. Falleció en un accidente de automóvil. Otras tres personas iban con ella en el coche y todas salieron de él ilesas, menos mi madre. Yo estaba muy unido a ella y el día que me enteré de su muerte fue el peor de mi vida.

Ya antes de su fallecimiento mi vida era un desastre. Nueve meses antes me había marchado de mi casa en Huntsville, Alabama, y había venido a Salt Lake City para asistir a la Universidad de Utah con una beca para estudiar ingeniería. Nunca había estado en el oeste y lo único que sabía de Utah (aparte de que allí se encontraba la única facultad de otro estado dispuesta a concederme una beca) era que estaba muy lejos de Huntsville, con unas cuantas cadenas montañosas de por medio. Esto me venía bien porque quería poner tantos kilómetros de distancia como me fuera posible entre mi padre y yo.

Lo cierto es que nunca llamé «padre» a Stuart Smart. Para mí siempre había sido «Stu» y consideraba que su nombre completo era un oxímoron<sup>1</sup>. Era un mecánico de automóviles con una educación de octavo curso, con grasa bajo las uñas y que despreciaba todo aquello que no entendía (entre lo que se incluía la gramática inglesa y yo).

Su sueño para mí era que algún día me hiciera cargo del negocio familiar —Smart Auto Repair— y todos los sábados desde

---

1. Figura retórica que consiste en la unión de dos palabras de sentido opuesto. *Smart* en inglés significa «listo», «agudo», «inteligente», mientras que *stu* es el apócope de «estúpido». (*N. de la T.*)

que cumplí los diez años me arrastraba hasta el taller y me ponía a trabajar. Mientras mis amigos pasaban el rato en el restaurante de comida rápida Tastee-Freeez o cazando saltamontes con pistolas de aire comprimido, yo pasé mi niñez cambiando neumáticos y filtros de aire.

No había nada que no odiara del taller, desde el aburrimiento de observar a Stu diseccionando una transmisión hasta los sándwiches de salchicha ahumada con mostaza dentro de un pan manchado de aceite de motor. Pero lo que menos me gustaba era estar con Stu. No era una persona dada a la conversación intrascendente, de manera que los largos días transcurrían en silencio en su mayor parte, salvo por algún que otro zumbido de una herramienta y por el sonsonete constante de una emisora de música *country*. Yo no era muy bueno como mecánico y Stu siempre parecía estar molesto por mi ineptitud. Todas las semanas le rogaba a mi madre que no me hiciera ir, y un sábado, más o menos cuando cumplí los catorce, Stu por fin dejó de insistir y no me llevó con él.

*Si el amor no es ciego, como mínimo es muy corto de vista.*

Diario de Mark Smart

Mi madre, Alice Geniel Phelps, no era como Stu. Ella era indulgente, amable y de habla educada. Le gustaba leer y hablar de filosofía, música y literatura, cosas que por lo general mi padre consideraba una pérdida de tiempo. Nunca había podido explicarme cómo una persona como mi madre se había casado con un tipo como Stu hasta que encontré una copia del anuncio de boda

de mis padres. Para mi sorpresa, me enteré de que cuando yo nací ellos tan sólo llevaban ocho semanas casados. Supuse que, tal como eran las cosas por aquel entonces, tuvieron que hacerlo.

Cuando me fui haciendo mayor, Stu y yo discutíamos mucho. No sabría decir cuántas veces mi madre intercedió por mí, en ocasiones interponiéndose entre los dos. Mi madre era la piel que mantenía unido nuestro hogar. Ahora había desaparecido. Y mi hogar también.

Como he dicho, las cosas ya iban mal. Aunque yo me esforzaba mucho y sacaba sobresaliente en todo, tras mi primer año en la facultad, la universidad anunció un recorte presupuestario y canceló cientos de becas, incluida la mía. Puesto que ya no estaba en la facultad, perdí mi trabajo en la secretaría de admisiones de la universidad y mi habitación en la residencia de estudiantes.

Lo cierto es que no me importaba mucho la ingeniería —no me gustaba de verdad—, pero mis padres no podían permitirse el lujo de pagar la matrícula y la beca era mi única posibilidad de estudiar la carrera. Mi verdadero sueño era ser compositor. Sin embargo, las becas para los estudios de música son difíciles de conseguir, a menos que seas un virtuoso del género clásico, que no lo soy. Toco bien la guitarra de doce cuerdas, supongo que más bien soy un cantante folk y no tengo precisamente las aptitudes propias para la Academia Juilliard, el prestigioso conservatorio de Nueva York. Stu había pronosticado mi fracaso y yo no tenía la más mínima intención de darle el gusto de tener razón, de modo que me quedé en Utah y escribí cartas alegres y fraudulentas a casa diciéndole a todo el mundo que la universidad iba bien. La verdad era que estaba solo, deprimido y necesitado, vivía en un

apartamento decadente en un sótano y trabajaba en el único empleo que pude encontrar: como conserje en un instituto cercano.

Mi plan era ahorrar dinero suficiente para retomar los estudios universitarios, pero con lo que ganaba apenas me alcanzaba para ir tirando. El día que mi madre murió, mi tía llamó a la residencia de estudiantes para decírmelo. Fue entonces cuando mi familia se enteró de que ya no estaba en la facultad. Puesto que no les había dejado ninguna dirección o teléfono, no me enteré de la muerte de mi madre hasta dos días después del funeral, cuando llamé a casa para hablar con ella. Su contestó al teléfono. Me llamó mentiroso y me dijo que no me molestara en ir a casa.

Creí que había tocado fondo, pero por lo visto aún quedaba espacio para seguir cayendo. Aquella misma semana, Tenny, la novia que tenía en Alabama y con la que llevaba saliendo casi cuatro años, me mandó una carta informándome de su reciente compromiso con un joven y prometedor quiropráctico.

Me avergüenzo de lo que sucedió a continuación. Ahora creo que, en circunstancias adecuadas, todos somos capaces de cosas que nunca hubiéramos creído posibles.

Durante el último año había estado lidiando con la depresión. Pero entonces, con el dolor, la soledad y el rechazo añadidos, empecé a abrigar ideas de poner fin a mi vida. Al principio no era más que una chispa errante que se extinguía rápidamente. Sin embargo, a medida que mi depresión se hacía más profunda, la idea empezó a arraigarse.

La noche en la que empieza esta historia llegué al trabajo y tuve que aguantar los gritos de una profesora de inglés loca que me acusaba de haber robado un reproductor de CD de un aula. Yo no

sabía nada del reproductor, ni siquiera lo había visto nunca, pero ella insistió en que yo era la única persona que tenía acceso a su aula y juró que me despedirían y me denunciarían a la policía si no lo devolvía al día siguiente. Más avanzada la tarde, mientras limpiaba los aseos, decidí que aquélla sería mi última noche de dolor. En eso tenía la cabeza cuando mi coche se averió de camino a casa desde el trabajo. Pensé que Dios me propinaba una última patada. Lo cierto era que Él tenía otros planes.

Mi madre solía decir: «Las situaciones extremas del hombre son las oportunidades de Dios». También decía: «Sé amable con todo el mundo; uno no sabe con qué cruz están cargando ni lo dulces que pueden llegar a sonar unas palabras afables». Aquella noche se demostró la veracidad de estas frases sabias.

Aquella noche fue el comienzo de un viaje en el que aprendí que una verdad lo puede cambiar todo. Fue la noche que encontré a Macy. Y fueron las Navidades en las que Macy encontró a Noel.

C A P Í T U L O

*Das*



*Mi madre solía decirme que los ángeles recorren la tierra  
disfrazados de personas. Esta noche soy un creyente.*

☒ DIARIO DE MARK SMART ☒

### 3 DE NOVIEMBRE DE 1988

—¡Qué caray!

Los limpiaparabrisas se movían como locos en un vano intento por limpiar la nieve del parabrisas de mi Malibú de dieciséis años, que se ahogó, tembló y se caló mientras el salpicadero se iluminaba como un árbol de Navidad. Era casi medianoche y la ciudad de Salt Lake había caído en las garras de una nevada temprana. De hecho, era una tormenta. Acababa de terminar mi jornada de trabajo y me dirigía a casa por unas carreteras repletas de nieve preguntándome si de verdad sería capaz de poner fin a mi vida. Teniendo en cuenta el rumbo que estaban tomando mis pensamientos, parece raro que la avería de mi coche me preocupara. Sin embargo, así fue. «Otra señal del amor infinito de Dios», pensé con cinismo.

Acercué el Malibú al borde de la calzada, el coche se deslizó y chocó contra el bordillo oculto por la nieve. Pegué unos puñetazos en el volante, frustrado. Considerando el tiempo que pasé en el taller de Stu, sabía relativamente poco de automóviles. Stu hubiera sabido lo que ocurría antes de que se parara el coche. Una vez vi una película sobre un susurrador de caballos, un tipo que

podía hablar con los caballos y curarlos. Stu era una especie de «susurrador de automóviles», era capaz de decirte qué le pasaba a tu coche antes de abrir siquiera el capó.



La nieve torrencial envolvió mi coche como en un capullo. Cuando ya no pude ver nada por el parabrisas, descendí del vehículo y eché un vistazo alrededor para hacerme una idea del apuro en el que me encontraba. Todos los edificios de la calle estaban a oscuras, excepto uno situado a una media manzana de distancia. Caminé con dificultad hacia la luz a través de la nieve intacta que cubría la acera.

En el exterior del edificio había un cartel que rezaba: THE JAVA HUT, O JAVA THE HUT, COFFEE HOUSE; por la colocación de las letras en el rótulo, no estoy seguro de cuál de los dos nombres era. Cuando me acercaba al establecimiento, una joven le dio la vuelta al letrero de ABIERTO de la ventana y lo puso por el lado de CERRADO. Después se dirigió a la puerta principal y llegó a ella al mismo tiempo que yo. Se sobresaltó un poco al verme. Estoy seguro de que mi aspecto era espantoso, con la cabeza y los hombros cubiertos de nieve. La joven era por lo menos quince centímetros más baja que yo, de aproximadamente mi misma edad, tenía el pelo de color castaño rojizo, un rostro ancho y unos ojos de cervatillo del color de la Coca-Cola. Poseía esa clase de belleza que normalmente me turbaba. Abrió la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—Lo siento, acabamos de cerrar.

Yo la miré, incómodo, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Se me ha estropeado el coche... Sólo necesito que me prestes un teléfono.

Ella me observó, retrocedió lentamente y abrió la puerta.

—Pasa.

Sacudí los pies para quitarme la nieve y entré. Ella cerró la puerta detrás de mí mientras yo me desabrochaba el abrigo.

—El teléfono está aquí.

La seguí hacia un despacho situado en la parte de atrás. La habitación estaba hecha un absoluto desastre. Había un montón de papeles en la mesa; parecía que alguien hubiera vaciado en ella un cubo de basura. El lugar olía como los posos del café. Señaló el teléfono.

—Ahí está. Puedes sentarte a la mesa si quieres.

—Gracias. ¿Tienes una guía telefónica?

—¿Las páginas amarillas o las blancas?

—Las blancas.

La joven sacó la guía de entre un montón de cosas apiladas encima de un aparador que había allí al lado y me la entregó. Busqué el número de un amigo cuyo hermano arreglaba coches. Dejé que el teléfono sonara una docena de veces y colgué. Ella me miró con aire comprensivo.

—¿No hay nadie?

—Supongo que no.

—¿Quieres llamar a alguien más?

No se me ocurría nadie.

—No sé a quién podría llamar.

—Yo conozco a un mecánico —dijo y, con gesto ceñudo, añadió—: Pero a esta hora ya no estará. ¿Quieres llamar a un taxi?

No tenía dinero para pagarlo.

—No. Iré andando.

—¿Con esta ventisca?

—No voy muy lejos —mentí.

Ella frunció el ceño.

—De acuerdo. Te abriré la puerta.

Salí del despacho abrochándome el abrigo mientras caminaba. Ella me siguió hasta la entrada del establecimiento, sacó las llaves y me abrió la puerta.

—Gracias de todos modos —dije.

—No hay de qué.

Me miró un momento y preguntó de repente:

—¿Te encuentras bien?

Aparte de mi madre, nadie me había hecho esta pregunta desde que me había marchado de casa. No soy muy propenso al llanto, mi padre se encargó de ello. Aun así, para mi vergüenza, se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas. Por mucho que quisiera, no podía apartar la mirada de ella.

—No estás bien, ¿verdad? —miró las lágrimas que brotaban de mis ojos, avanzó y me rodeó con sus brazos. No sabría decir cuándo fue la última vez que había tenido contacto físico con alguien. La chica me proporcionó una sensación de calor, sustento y seguridad. Apoyé la cabeza en su hombro y empecé a sollozar con desconsuelo. Pasó más de un minuto antes de que recuperara la compostura. Retrocedí limpiándome las mejillas y sintiéndome avergonzado por estar llorando delante de una completa desconocida.

—Lo siento.

—Explícame qué te ocurre.

Le dije que no con la cabeza.

Ella retiró una silla de una mesa cercana.

—Toma, siéntate. Te traeré un chocolate caliente.

Me senté en la silla y me enjuagué los ojos con disimulo, como si hubiera alguna otra persona en la habitación que pudiera darse cuenta de que había estado llorando como un bebé. Al cabo de un momento la joven regresó con una taza de cacao humeante con una nube de nata montada alzándose por encima del borde.

—Aquí tienes.

Tomé un sorbo. Estaba caliente y cremoso.

—Gracias.

—Tengo un ingrediente secreto. Le añado un poco de jarabe de arce.

—Está bueno —la miré a los ojos. Estaban clavados en mí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Mark.

—Yo soy Macy.

—Macy —repetí—. ¿Como el desfile?<sup>2</sup>

Ella asintió con la cabeza.

—Mi padre me decía que el desfile era para mí.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunté.

---

2. Se refiere al conocido desfile del día de Acción de Gracias que organiza anualmente la cadena de grandes almacenes Macy's por las calles de Manhattan. (*N. de la T.*)

*Richard Paul Evans*

—Wood —dio un golpe en la mesa con los nudillos, aunque ésta parecía ser de formica y acero<sup>3</sup>—. ¿Y el tuyo?

—Smart.

—Es un buen apellido. Por tu acento apuesto a que no eres de Salt Lake.

—Soy de Alabama. Vine para estudiar en la universidad.

—Entonces eres estudiante universitario —dijo; parecía impresionada.

—Lo era. Ahora sólo trabajo.

—¿Dónde trabajas?

—En el West High School. Soy conserje.

—Yo fui al instituto West —me dijo—. Durante un tiempo al menos —me miró—. Dime, ¿qué es lo que te pasa?

—Querrás decir, qué es lo que no me pasa —repuse. Respiré profundamente—. Mi madre murió la semana pasada.

Puso cara larga.

—Lo siento. —Al cabo de un momento alargó el brazo por encima de la mesa y puso la mano sobre la mía—. Háblame de ella.

—Era mi mejor amiga. Por mal que fueran las cosas, ella siempre estaba ahí para mí —se me volvió a hacer un nudo en la garganta—. Ni siquiera asistí a su funeral. Nadie sabía cómo localizarme, de modo que no me enteré hasta dos días después del entierro.

—Lo siento mucho —dijo ella. Pasado un minuto me preguntó—: ¿Tu familia vive en el sur?

---

3. *Wood* en inglés significa «madera». (*N. de la T.*)

Asentí.

—Sí.

—Entonces, estás pasando por todo esto tú solo, ¿no?

—Sí —tomé otro sorbo de chocolate.

—No hay nada mejor que el chocolate para curar el alma —afirmó—. A mí me encanta el chocolate. Es la manera que tiene Dios de disculparse por el brécol.

Sonreí a pesar de todo.

—Vaya, sonríes... —dijo en voz baja. Se recostó en su asiento y me observó atentamente—. Así que no tienes familia por aquí. ¿Y amigos?

—No conozco a mucha gente en Salt Lake. Tenía a mis compañeros de habitación, pero cuando dejé la facultad... —la miré—. Tenía una novia...

—¿Tenías?

—Salimos juntos durante cuatro años. Hace tres días recibí una carta suya en la que me dice que está prometida.

Macy meneó la cabeza.

—No lo decías en broma. Siempre llueve sobre mojado.

—Y a cántaros, además —dije. Bebí más chocolate caliente y luego me volví hacia ella al tiempo que me echaba el pelo hacia atrás con la mano—. No puedo creer que te esté contando todo esto.

—Siempre contamos nuestros secretos más profundos a los desconocidos.

—¿Por qué crees que será?

—Quizá sea porque no pueden utilizarlos contra nosotros.

En mi opinión, tenía sentido.

—Tengo la sensación de que todo ha cambiado en mi vida,

como si estuviera jugando una partida y en mitad de ella alguien hubiera alterado las reglas. Me siento como un huérfano...

Algo de lo que había dicho pareció afectarla.

—Sé lo que es sentirse así —comentó en voz queda.

Volvimos a quedarnos en silencio y me terminé el chocolate.

Alcé la taza.

—Gracias.

—De nada. ¿Quieres más?

—No. Estoy bien —miré el reloj. Era casi la una—. Debería dejar que te fueras.

Ella me miró con comprensión.

—Todavía estoy preocupada por ti.

—Estaré bien.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Me dejas que te lleve en coche hasta tu casa?

Le sonreí.

—Si insistes.

—Insisto. —Se puso de pie—. Sólo tengo que limpiar lo que hemos ensuciado. —Cogió mi taza y volvió al mostrador. Mientras yo permanecía allí sentado me preguntó—: ¿Quieres un bollo? Los tenemos de arándanos o de canela.

—No, gracias.

—¿Y qué me dices de uno de nuestros *brownies* «muerte por chocolate»? Somos famosos por ellos.

—Estoy bien.

—Tú te lo pierdes. —Salió limpiándose las manos con un paño de cocina—. Estoy lista. Mi coche está en la parte de atrás.

La seguí hacia la puerta trasera. Salí afuera mientras ella apagaba las luces, conectaba la alarma y cerraba la puerta. Seguía nevando, pero no tanto como antes.

—¿Esta cafetería es tuya? —le pregunté.

—No. ¡Ojalá! Es una mina. —Cerró con llave y se guardó ésta en el bolsillo—. Soy la encargada del turno de noche. —Señaló un coche que más que un automóvil parecía un iglú—. Ése de ahí es el mío. Mira qué montón de nieve —dijo con pesar—. Y no tengo rasqueta.

Eché un vistazo en derredor y encontré una caja de cartón que sobresalía del contenedor.

—Ahí hay algo. —Arranqué una tapa de la caja y la utilicé para rascar la nieve del parabrisas y de las ventanillas del coche. Ella esperó hasta que terminé, entonces abrió las puertas y subimos los dos. El coche era un Ford Pinto con tapicería de vinilo marrón y un rosario de plástico colgando del retrovisor. El salpicadero de plástico estaba agrietado en algunos sitios y recubierto de diversas calcomanías, la mayor parte de ellas de emisoras de radio. Tuvo que girar la llave varias veces en el contacto para que el motor arrancara. El parabrisas estaba empañado y Macy aceleró el motor un par de veces antes de conectar el descongelador. El aire se fue calentando poco a poco. Yo tenía las manos húmedas y enrojecidas por haber rascado la nieve y ella alargó las suyas y me las frotó suavemente.

—Tienes las manos heladas. Gracias por quitar la nieve.

—De nada.

—No hagas caso del coche. Si no se cae a pedazos, es por las oraciones y la cinta de embalar.

—Al menos anda.

—Tienes razón, menos mal que anda. —Metió una cinta en el estéreo y empezó a sonar una música suave—. ¿Dónde vives?

—En la Tercera Sur. Pasado el viaducto.

—Creí que dijiste que estaba cerca.

—No quería preocuparte.

Mientras aguardábamos a que el parabrisas se desempañara, ella alargó el brazo hacia el asiento trasero y cogió una caja abierta de galletas de jengibre.

—¿Quieres una galleta?

—Sí —metí la mano en la caja y cogí una. Ella también cogió una.

—Me encantan estas cosas —comentó.

Cuando el parabrisas se hubo desempañado lo suficiente como para poder ver a través de él, Macy puso la marcha y el coche salió lentamente del aparcamiento a la calzada coleando un poco.

—Da miedo —dijo—. Es increíble que haya nevado tanto. —Alargó la mano y puso en marcha la calefacción. Al cabo de quince minutos de conducción precaria señalé el gran edificio venido a menos en el que vivía.

—Es justo ahí. Esa casa que hay más adelante.

Macy acercó el coche al bordillo y se detuvo bajo una farola. Dejó el motor en marcha, pero puso el freno de mano.

—¿Seguro que estás bien?

—Estaré bien. Gracias. Por todo.

—No es nada. —De repente sonrió—. Tengo una cosa para ti. —Estiró el brazo para abrir la guantera, sacó una tarjeta y me

la entregó—. Es un vale para café y pastas gratis en la cafetería. Algún día tienes que probar uno de nuestros famosos *brownies*.

Guardé la tarjeta en el bolsillo de la camisa.

—Gracias. —La miré—. ¿Por qué eres tan buena conmigo?

Ella sonrió y en sus ojos percibí algo hermoso y triste a la vez.

—Me pareces una muy buena persona a quien le han ocurrido un montón de cosas malas al mismo tiempo.

Bajé la mirada un momento y exhalé lentamente. Luego volví a mirarla a los ojos.

—Puede que esta noche me hayas salvado la vida.

—Ya lo sé —alargó el brazo y volvió a tocarme la mano—.

Todas las cosas malas pasan con el tiempo. Puedes creerme.

Cubrí su mano con la mía.

—Gracias.

—Ha sido un placer. Cuídate —dijo.

—Tú también. Buenas noches. —Salí del coche a la acera y cerré la portezuela. Ella volvió a la calzada, realizó un cambio de sentido y agitó la mano una vez más para despedirse antes de alejarse y desaparecer tras una cortina de nieve. Mi madre tenía razón. Los ángeles sí que recorren la tierra.